



NUEVE de noviembre de 1972. Hemos llegado al confín remoto de esta zona de la comarca zamorana de Sayago, que tiene por nombres, según el decir sea llano, geográfico, literario o vernáculo, los de «arribanzos», «arribes» o «Raya de Portugal» y en esta parte de la comarca, a un pueblo: Badilla. Badilla es un «pueblo» que se asienta y casi «entierra», encierra con la humildad propia del hábitat zonal, en las pedregosas laderas del Duero, no lejos del propio curso de las aguas del viejo río ibérico y mesetario. Su término municipal bordea por el Noroeste con las fronteras aguas de su angosto cauce en una longitud aproximada de una legua. Del lado de allá, la tierra portuguesa presenta un paisaje más agrario y elaborado; del lado de acá, el peñascal barroco y «solombriño» asciende con la brusquedad característica, permitiendo, a medida de su ascenso, un soporte cada vez más favorable del encinar. La extensión superficial del término es de 1.698 hectáreas. De ellas, según datos de 1968, hoy modificados para los labrantíos en razón de la gravísi-

MARGINADOS EN LAS MARGENES DEL DUERO

JUSTO ALEJO

ma despoblación, 60 se dedican a producción de trigo; 22, a cebada; 90, a centeno; 176, a pastizal; 100, a monte alto, y 844, a erial y monte bajo, completando el resto pequeñas extensiones dedicadas a forraje, legumbres y huertos. Pese a la presencia del Duero, no se computa ni una hectárea de regadío. El río es aquí, como para toda la raya sayaguesa de Portugal, frontera en el peor de los sentidos; es decir, separación, obstáculo, confinamiento. Las

tres fuentes de energía hidroeléctrica (Miranda, Picote y Bemposta, de Norte a Sur) que se han establecido en los 50 kilómetros escasos de su recorrido, pertenecen a Portugal, y portugués es el término con el que se le designa: «saltos». El de Miranda linda casi con el territorio de Badilla.

Es de señalar que en esta distribución internacional de aguas entre España y Portugal, sólo ha resultado para Sayago la condición de ser simple soporte natu-

ral de tales presas o de las torres de los tendidos eléctricos de Iberduero que, río abajo, o en las aldeañas confluencias, ha montado su imperio, casi emporio, industrial; torres que, como extraños zancajos esqueléticos del gigante económico, cruzan, un tanto espectralmente, arrogantes y ostentatorias, el humilde paisaje rural para llevar energía y riqueza a extraños lugares, arrancando a la par los brazos jóvenes y vigorosos de esta tierra. Apenas las escasas y tristes gotas del alumbrado público de estos pueblos agonizantes son el testimonio de la presencia de la que, aunque parezca contradictorio, hay que llamar en este paisaje —y no por motivos estéticos, sino socioeconómicos— herida industrial.

Zamora y Sayago pagan un altísimo precio por un proceso de acelerado crecimiento particular de la riqueza, cuyas consecuencias de desigualdad social son para este medio particularmente graves, amenazando con la extinción de formas peculiares y fecundas de producción que, vigorizadas con las nuevas técnicas y posibilidades productivas, podrían

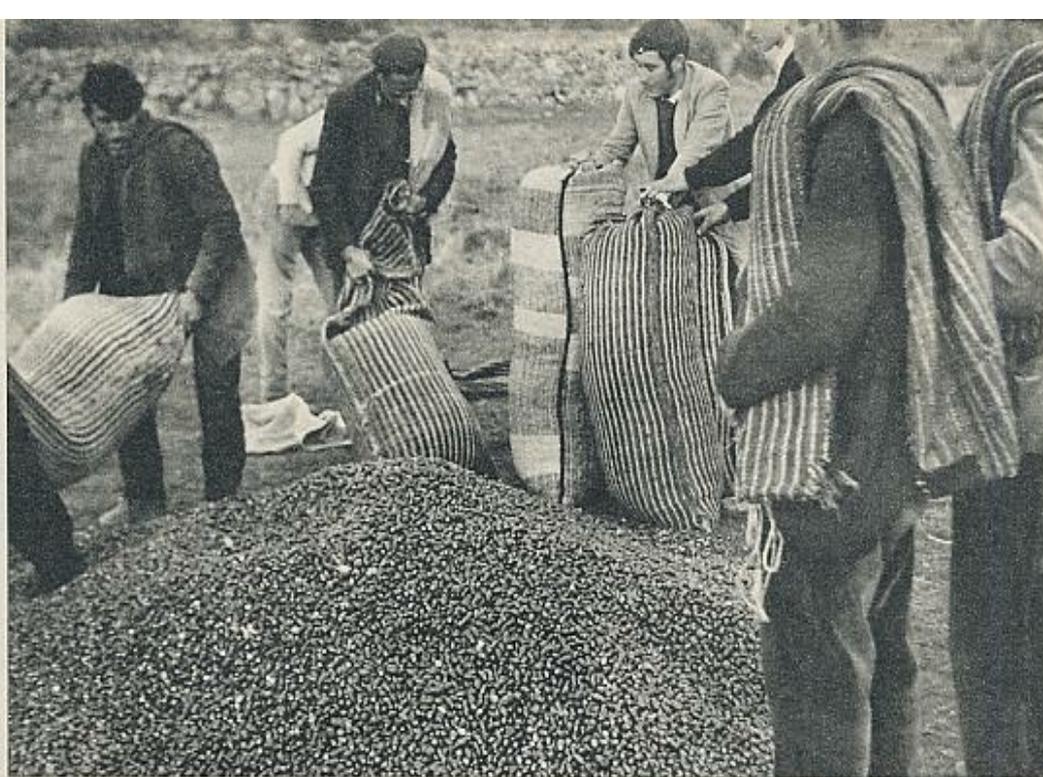
dar lugar a equilibrar los sistemas cooperativos. Los riesgos de nuevos «colonizadores» venidos del exterior y la pérdida de las tierras sayaguesas (sean comunales o de propios) para los sayagueses, va siendo algo ya no sólo posible, sino probable. En esta perspectiva está quizá presente la amenaza, el riesgo de los acaparadores.

A Badilla hemos llegado siguiendo sucesivos «transbordos» de coches desde Zamora y pasando por Bermillo, para evitar la pérdida de un día de espera en la ciudad. El coche de línea hace un solo viaje de ida y vuelta entre Badilla y Zamora (de ocho de la mañana a ocho de la noche). El único conducto viario existente son las dos carreteras que llegan hasta Fariza, con graves inconvenientes de estrechez o/y pavimentación. La de Bermillo a este último pueblo, construida en los comienzos de los años 30, es de mayor amplitud y está siendo reparada en estos momentos. De Fariza a Badilla, un camino vecinal maltratado por usos foráneos principalmente.

El pueblo sigue silencioso, solitario, como abandonado por sus moradores. La sola persona «mayor» que encontramos en sus calles nos encamina hacia el lugar del monte donde «la gente» se halla dedicada a este trabajo que pretendemos describir, y cuyo nombre tiene alguna afinidad onomatopéyica con el ruido de menegado y súbito chaparrón que producen los rústicos frutos de la encina al caer por entre el esposito y rufo follaje y dar copiosamente en tierra como chorro de pacíficos proyectiles.

«La bellotera»

Siguiendo el «empuntamiento», casi escoteros, hemos ido sin pérdida hasta el «arribanzo» tras cruzar la «Contiensa» y «Valdesueños», adentrándonos en las greñas rocosas y vegetales de las pinas vertientes del cañón fluvial. La primera señal que nos indica la cercana presencia de los recolectores de bellota no será el ruido de las varas, varapalos, palos o manganillos, ni la algazara de vareadores o apañadoras, como un lejano recuerdo, o el aviso de quien nos encaminara, nos había inclinado a creer. El silencio era denso ya metidos en el denso y umbrajoso encinar. Escuchamos, y una soledad sonora lapidaria fue la primera y segunda respuesta a nuestra espía, que a la tercera fue abruptamente rota por el latir sobresaltado de unas palomas que a nosotros se nos antojaron torcaces en razón de ser el sitio tan primitivamente montañés. Rota esta soledad del paisaje, la señal más cierta fue que, extendidos por el vallico que acompaña el descenso de algún regato enjuto, pacían holgada y pacíficamente un buen número de bestias, de las que llegué a contar 23. Asnos en su mayoría. He aquí el transporte. Cruzamos el valle y aparecieron los primeros vare-



«La bellotera», que no es otra cosa que la recogida de bellotas de encina, por estos lugares tiene, como toda la vida de la región, un significado casi residual en estos momentos.

dores en torno a las caudalosas ruedas de unas encinas. Diez personas en total, distribuidas en conjuntos variables, y entre los que hay tres muchachos muy «nuevos» (catorce años es la edad mínima permitida para la asistencia) y ancianos de setenta o más años. Los apañadores se arrastran materialmente sobre el arisco pedregal un poco más abajo. Mujeres y hombres ancianos o casi en trance de serlo. Su número, no más de veinticinco. Una moza. Los saludos sencillos y a la usanza. Por mi parte: «Buenas tardes, ¿qué tal va esa faena?». Por la suya: «Aquí andamos matando el rato». «Aquí andamos haciendo que hacemos y sin hacer nada». «Aquí andamos haciendo la "zangalamanga"». La bellotera, que no es otra cosa que la recogida de bellotas de encina por estos lugares, tiene, como toda la vida de la región, un significado casi residual en estos momentos. Solamente Badilla y otro pequeño pueblo cercano —Mámoles— realizarán este año el trabajo. Mámoles tiene 75 personas contadas, cuya edad sobrepasa en más del 78 por 100 los sesenta años. En otros pueblos, a la despoblación se une una plaga de orugas (aquí se las llama «ronchos») que daña el árbol y lo hace improductivo. Pero el interés especial de la bellotera está en constituir un vestigio —hoy de triste arqueología socioeconómica— de un modo de participación igualitaria y comunal en el trabajo y en los frutos del mismo. La ascendencia histórica —sin que podamos detenernos en la venatoria arqueológica— se remonta al colectivismo agrario o comunidades socioproducti-

vas de los «vaceos», cuyo testimonio inmediato más a mano para nosotros, por el momento, es el de Joaquín Costa (1), quien al referirse a esta modalidad de la propiedad comunal de la tierra hace mención de los estudios de don Rafael Floranes de este modo: «Investigando los más antiguos monumentos para una historia de las Villas de Campos, tropezó con el célebre pasaje de Dióro Sículo sobre la constitución agraria, entre colectivista y comunista, de la nación ibera de los "vaceos" —según la versión de nuestro anticuario, poseían las tierras en comunidad y las labraban individualmente por el sistema de año y vez, partidas en quifiones que se distribuían por suerte al vecindario, para luego poner los frutos en común y repartirlos entre todos conforme a las necesidades de cada uno—; y tan prendado quedó de aquél que la imaginación le hacía ver trasunto vivo de la Edad de Oro, que en su elogio agotó el diccionario de la ponderación y del encomio, expresando con infantil vehemencia el anhelo de vivir en una república constituida según la orden de los "vaceos", y llevando su pasión al extremo de encararse con Aristóteles y maltratarlo por haber declarado necesaria y conforme a la razón la propiedad individual, y con el pueblo romano por haberla introducido en las comarcas del Duero».

(1) Costa, J.: OLIGARQUÍA Y CA-
CIQUISMO. COLECTIVISMO AGRARIO Y OTROS ESCRITOS. Alianza
Editorial. Libro de bolsillo. Madrid, 1967; página 114.

MARGINADOS EN

De Roma, aparte los testimonios de Estrabón, a los que se acude con sapiencia no exenta de mitología oratoria en ceremoniales ocasiones, quedan indicios, tales como las estelas funerarias, que, como piedras de cantería, aparecen formando muros de corrales, casas y «portaladas» en el próximo pueblo de Villardiegua. Pero no llegó a tanto el ímpetu y el Imperio romano que destruyera el orden socioeconómico comunal, quizá hoy amenazado desde dentro por las secuelas negativas de una determinada aceleración histórica de los procesos económicos (léase desarrollo). Los sayagueses quizá pudieran preguntarse con más crudeza por los resultados contradictorios. Hay que decir que en el momento presente figuran en el Plan aspectos «urgentes» de acción sobre el Oeste zamorano. Un paso internacional en construcción frente a Miranda, iniciado en mayo, casi en los límites fronterizos de Badilla, es lo más actual. A nuestro juicio acentúa el sesgo esencialmente turístico de la mejora y por ende su superficialidad, la cual sería mejor salvada con una armadura infraestructural productiva más sólida, verbigracia, la fundada en un posible cooperativismo económico agropecuario instrumentalmente actualizado, que resultaría de consecuencias sociales favorables por partir de estos precedentes de las tierras comunales y el trabajo común (no individual, como señala la cita precedente).

Esta es, en la soleada, apacible y casi remotísima tarde de noviembre, la bellotera: 40 perso-



El interés especial de «La bellotera» está en constituir un vestigio —hoy de triste arqueología socioeconómica— de un modo de participación igualitaria y comunal en el trabajo y en los frutos del mismo.

donde hoy se corta sigue mañana la «roda» si esa persona acude a la bellotera; de lo contrario, perderá la entrega y vez. Los frutos se emplearon para la alimentación y ceba de cerdos, pero hoy, por el cambio de raza de este animal y por lo escaso de la cosecha, se utilizan para las ovejas preferentemente.

Tópica tristeza

Oscurecía, encinar y crepúsculo tramaban sus umbrías. Suavidad y limpieza en el aire. Tristeza biológica de las gentes. Tristeza económica, histórica. Tristeza mineral. Esta tierra es «mísere», «mísere», dicen siempre, dicen ahora, decimos, con ese latinismo onirizante de la miseria que la hace más flaca y medieval, los sayagueses. A nosotros nos gusta desdoblarse el término con alguna intención —más antropológica que ontológica—, así: «mi-ser»; nuestro ser sayagués a ras de tierra, nuestro estar doliente. Tierras limpias y pobres, tierras casi olvidadas que, acentuando el dolorido sentir de la expresión machadiana, tienen para nosotros, sayagueses, ánimas más que almas. También Gogol acude con facilidad a la memoria literaria. Barthes dice que el mito es una palabra despolitizada. A nosotros nos gustaría extendernos sobre el mito como palabra politizada, referidos a esos estudios tan bien encuadrados y voluminosamente aterradores donde se habla de mejoras y beneficios que son tardos en llegar. A esas carencias reales, secularmente padecidas, a la «invisceración» en un paisaje aislado durante siglos al nivel de una supervivencia, dura y cruel, casi solitaria y sombría, habría que acudir en busca de razones históricas para poder entender más fielmente esas características que se imputan parcialmente a la psicología del sayagués como mal endémico: el pesimismo, el fatalismo, la desconfianza, la cerrazón al futuro... Como en el trasunto del romance antiguo, con analogías de método cartesiano que nos llevaran del hilo al ovillo, con otras en una búsqueda más atenta y pormenorizada. La Raya de Portugal en Sayago, Sayago en Zamora, Zamora en... «En Zamora hay una casa — en la casa hay un balcón — en el balcón una niña — su madre la peina al sol — ha pasado un caballero...».

Hemos de cerrar estas largas y apresuradas líneas. Aquí quedan las gentes, conscientes y dolidas de su mal, siguiendo en sus viejos usos y costumbres como «necesariamente» habituados al «mísere» modo, casi fronteros al sentir de Camoens, pero sin electividad voluntaria.

*«No gosto da cobiça e na rudeza
[za
d-huma austera apagada y vil
[tristeza].*

Tristeza inmerecida. Real. Más que geológica. ■

LAS MARGENES DEL DUERO

nas. No todo el pueblo, cuyo número de habitantes ronda escasamente los dos centenares. El diccionario Espasa da para las primeras décadas del siglo una población de 444 personas. Los censos de los años 40, 50, 60 y 70, respectivamente, 447, 436, 339 y 229. Población actual que tiene su signo negativo más en la cualidad que en la cantidad. Viejos por todas las partes. En la comarca, más del 75 por 100 sobrepasan los sesenta años. De 40 personas aquí presentes, sólo cuatro muchachos muy jóvenes. El resto frisan o sobrepasan los cincuenta. Muchos, como el tío Custodio, el tío Esteban o el tío Toribio, andan en los setenta, más o menos.

El trabajo se hace en el monte del común y el pueblo puede concurrir a él libremente. Se nombran vareadores siguiendo un orden por barrios y calles. Ahora, de los diez presentes, cinco son del de abajo y cinco del de arriba. Los apañadores, con predominio de mujeres, llegan casi a 30. El alcalde y concejales señalan los árboles a los vareadores y ayudan acá y allá. Con ellos se totalizan los 40.

La división del trabajo

Los vareadores utilizan largas varas o «variancos», como de a tres metros, a cuyo extremo se ata por medio de una cuerda o cadena otra de longitud aproximada de 1,30 metros, con lo que se consigue un apéndice móvil capaz de giro violento y flexión

en torno a las «vueludas» copas de las encinas; el cual apéndice, impulsado por el vareador, que hace palanca de la vara grande, permite alcanzar lo más alto y difícil de las frutecidas ramas. Su nombre usual es manganillo o manganilla, que ambos se emplean. A veces se usa el de «minga» con cierto «alusionismo» festivo. El «varco» se hace normalmente desde el suelo o bien subido en los próximos peñascos. A veces, con palos más cortos, se suben entre las ramas los más jóvenes (si los hubiere) y sacuden el follaje. Los vareadores, antes, solían ser jóvenes. Entonces se llegaba a 25 ó 30 por cada barrio, reuniéndose en total hasta 140 personas o más.

Los apañadores. Van éstos recogiendo las bellotas siguiendo a las varas y las depositan en pequeñas cestas de mimbre, latas o «cuencos». Han caído sobre los carrascos y matojos frecuentemente, y la búsqueda es a veces minuciosa. Hay que sentarse sobre las cuestras, costanillas y repechos. Los cestos se vacían en «costales» y éstos, una vez llenos, quedan dispuestos para ser trasladados a última hora a lomos de los burros hasta el punto designado del valle donde, a la «postura» del sol, se hace el reparto común. Los apañadores son mujeres en su mayoría. Siempre lo han sido, pero con la extremada diferencia de que solían ser las más jóvenes. Ahora, una sola joven y moza. No hay lugar, pues, como antes, para el regocijo y lúdico-cróticas picardías que se entrecruzaban mozos y mozas con tal ocasión. Apenas se dispara alguna chanza

en relación con las fotos que estamos tomando. Se medio burlan diciendo que van a «periponerse» por si fueran a salir en la televisión. Digo que no. Ligeros sarcasmos acerca de la inutilidad de lo que pudiera ser «pinturesco». No hay prisa. Se trabaja sin codicia ni «agresiones competitivas». Se viene ahora a hacer esto —dicen— porque hay poco que hacer, por venir.

El resultado de hoy ha sido más bien escaso: diez costales de los de cuatro o cinco ochavas. Por término medio cogen de doce a catorce. Ya llevan ocho días apañando y les quedan pocos más. Dejan árboles sin recoger, porque —como dicen— casi no valen la pena. Antes se recogían 80 costales y el «muelo» que se hacía en el valle parecía un verdadero cerro. Allí era de ver la alegría desatada al tiempo de vaciarse los costales y crecer el montón. Los burros salían anegados, «derregados» de gentes y carga. Hoy había tristeza ante la escasez. El «muelo» mostró su mermado pecho derramado, y con prisa y sin otra espera, comenzaron a distribuir por medias ochavas que, según la «roda» o vez, iban depositando en los costales de aquellos a quienes les correspondían, tocando en el reparto a dos ochavas, que es lo mismo que una fanega. Cada cual, a medida que recibía su parte, sin más demora, «acispaba» monte arriba subiendo sobre la menguada carga. En poco más de diez minutos, el valle quedó solitario, «en su ser», rural, remoto, casi mineral. No a todos alcanza el reparto, pero